

Un Autor que Odia el Teatro

por Sebastián Salazar Bondy

“¿Por qué escribo para el teatro?”, se ha preguntado Ionesco, una de las más prominentes aunque discutidas figuras del teatro francés reciente, del teatro llamado de vanguardia, y se ha respondido algo que resulta harto sorprendente: “Creo que comencé a escribir para el teatro porque lo detestaba. Yo leía obras literarias, ensayos; iba al cine con placer. Escuchaba alguna música; visitaba galerías de arte. Pero no iba jamás al teatro. ¡Yo odiaba el teatro!” Y, sin embargo, Ionesco, que hace tal confesión, es quien, a juicio de los más sensibles críticos, de los críticos menos prejuiciosos, ha encontrado una vía revolucionaria para la expresión dramática, algo que está más allá de lo que hasta el presente los más talentosos autores han logrado. La paradoja tiene, por supuesto, una explicación. Digamos que Ionesco exagera un poco, pero que a la verdad él ha entrado en el género con ganas de dinamitarlo, con ganas de hacerlo pedazos, para construirlo de nuevo comenzando por el principio.

Y en el principio está el secreto de todo. Para explicar su propio fenómeno de repulsa y adhesión, al mismo tiempo, al arte escénico, apela Ionesco a los recuerdos de su infancia: “El espectáculo de “guignol” (los títeres) me tenía arrebatado gracias a la visión de esos muñecos que hablaban, que se movían, que se propinaban estacazos. Era el espectáculo del mundo inesperado, inverosímil, que ante mis ojos se ofrecía más real que la propia realidad, en forma infinitamente simplificada y caricatural, como acentuando su verdad grotesca y brutal...” Esta memoria del teatro de peleles, del teatro de remedos humanos, ingenuo y deforme, ha preva-

lecido en su gusto, y lo ha alejado del teatro de sutilezas literarias, psicológicas y metafísicas. “Un teatro psicológico —ha dicho— es insuficientemente psicológico. Más vale un tratado de psicología. Un teatro ideológico es insuficientemente filosófico. En lugar de ver la ilustración teatral de tal o cual política, prefiero leer el diario o escuchar los discursos de los candidatos de mi partido”. De ahí que Ionesco



—y esta es precisamente la clave de la forma insólita que asume su obra— haya aparecido en el panorama del teatro contemporáneo como el que se ríe de los contenidos usuales del drama actual. Nada de elegancias estilísticas, de ideas sobre la vida y el destino, de proclamas programáticas sobre tal o cual ideología político-económica. Nada, además, de sentimentalismos y emociones corrientes. “Quiero la farsa, el atropello dentro de lo paródico. Quiero llegar a lo paroxísmico... Hacer un teatro de violencia. Violentamente cómico, violentamente dramático”.

Con resistencias —las resis-

tencias de los conservadores, por supuesto— Ionesco se ha ido poco a poco imponiendo primero al público cultivado. Luego, ha ganado otro sector más vasto. Avanza con seguridad y no es osado prever que dentro de unos años su lenguaje se tornará en el propio del drama de nuestro tiempo. Adamov y Beckett, aunque con diferencias de opinión y concepción estéticas, trabajan en un mismo sentido y parecen querer la misma disolución y recomposición a que Ionesco aspira. Este llama a sus piezas, con razón, “antidramas”, tal vez porque su intención es la de contradecir las normas que hasta hoy han prevalecido en el texto y la puesta en escena del teatro occidental. No es su finalidad, de otro lado, la de acudir a modos del teatro primitivo, del teatro oriental, del teatro ingenuo. Su objetivo es violentar lo común despiadadamente. Cualquiera de sus piezas es una suerte de “esperpento”, de tumefacción, de la risa o las lágrimas.

He aquí, pues, un arte que ha nacido del odio a ese mismo arte. Un odio que, como siempre, está secretamente alimentado por el amor, que es en el fondo despecho. El cronista no se atreve a afirmar tajantemente si el estilo de Ionesco perdurará hasta el futuro más lejano. En cualquier caso es un excelente testimonio de la confusión de la época, de la insatisfacción que en todos los órdenes inquieta a los hombres, del agotamiento en que han caído las tradiciones más añejas, del carácter negativo que se ha instaurado en el pensamiento y el arte europeos. Porque aún el público que protestando abandona las salas parisienses en donde se ha montado una obra de Ionesco, sale con la convicción de que algo de cierto hay en toda aquella amarga burla.

578

21/6/58
198